

P psicoanálisis y religión.

Juan Gómez Guerrero

Gabinete de Psicología Clínica y Psicoterapia

Avda. Pérez Galdós 62-26 - 46008 - Valencia

RESUMEN

El psicoanálisis freudiano ha dado una respuesta a la religión que nosotros consideramos, en parte, incorrecta. La antropología y metafísica subyacentes, nos parecen reduccionistas. Consideramos que la estructura fundamental de la persona debe integrar cuerpo, psiquismo y espíritu para poder dar una explicación a su entidad total.

El psicoanálisis debe abrirse a la intensa investigación que desde la antropología y la teología se ha hecho del fenómeno religioso en este último siglo. No debe atrincherarse, solamente, en las hipótesis freudianas sino adentrarse en un panorama más amplio.

PALABRAS CLAVE

Pulsión, inconsciente, principio de placer, principio de realidad, yo inconsciente, espiritualidad rumana, apertura a la trascendencia, deseo.

ABSTRACT

Freudian psychoanalysis has given the religion an answer which we consider partially wrong. The underlying anthropology and metaphysics seem reductionist to us. We

consider that the human fundamental structure must make up body, mind and spirit to be able to provide an explanation to their whole entity.

Psychoanalysis must open out to the intense investigation which has been carried out, from anthropology and theology, about the religious phenomenon in this last century. It does not have to take its stand only on Freudian hypothesis but penetrate into a wider prospect.

KEY WORDS

Urge, unconscious, principle of pleasure, principle of reality, unconscious ego, Romanian Spirituality, openness to the transcendence, desire.

Desde Freud existe una tradición que considera incompatible psicoanálisis y religión. No tiene mucha razón de ser considerarse psicoanalista y creyente. Existen, no obstante excepciones a esta regla: recuerdo el libro de Françoise Dolto *El evangelio ante el psicoanálisis* (1979), donde nos dice: Formada en el psicoanálisis, lo que es en los evangelios me parece la confirmación, la ilustración de esta dinámica viva que actúa en el psiquismo humano y su fuerza derivada del inconsciente, allí donde el deseo tiene su fuente, de donde parte en busca de lo que falta. La vida, el efecto de verdad siempre nueva que el

contacto con los evangelios producen en el corazón y la inteligencia son una llamada, día tras día renovadora, a superar nuestros procesos lógicos conscientes. ¿Cómo es que estos textos, estas sucesiones de palabras producen un impacto en nuestras conciencias y unas repercusiones que llegan hasta el inconsciente haciendo nacer en él alegría y deseo de conocer el reino de Dios? "

Sin embargo, con cierta frecuencia, oigo a psicoanalistas actuales decir, refiriéndose a la religión, frases como éstas: "Es un delirio sistematizado", "es una idealización", "es un estorbo para la realización del ser humano", "es una supuesta certeza", "es un mundo infantil", "es un sueño"; (Mancia 1989). La siguiente cita resume estas opiniones: "Suponer no es lo mismo que pensar. Poder diferenciar la supuesta certeza de la verdadera certeza es lo que separa la creencia del pensamiento, la falsedad de la verdad".

La diferencia entre "creencia" y "pensamiento" sirve de frontera entre el mundo infantil y el maduro. Una buena parte de los individuos y de los grupos se mueven sobre la base de "aprender a pensar", mientras que otros tratan de evitar el propio pensamiento apoyándose en ilusiones, prejuicios, creencias, que otros le ofrecen. No parten de un hecho cierto, de una certeza real, sino de una creencia de un supuesto o "ilusión grupal". (Pérez García 1988).

La mayoría de los psicoanalistas, creemos, son de la misma opinión que Freud y sus argumentos, de una u otra manera, ponen el énfasis en sus mismas ideas. Este escaso interés se manifiesta en los pocos trabajos publicados sobre el tema. Se considera algo superado. Han hecho suyos los conceptos

TEMES D'ESTUDI

de Freud de Tótem y Tabú (1912), donde, siguiendo a otros autores, nos dice que la humanidad ha tenido tres cosmovisiones: la animista (mitología), la religiosa, y la científica. Ciertamente esta división es correcta si entendemos que los descubrimientos científicos han ayudado a reinterpretar los textos religiosos, pero, creemos, que es falso si pensamos que la cosmovisión científica anula la religiosa. Me pregunto si de esta manera, los argumentos de Freud se elevan a la categoría de dogmáticos liquidando un campo investigación fundamental. ¿Anda el psicoanálisis demasiado encerrado en su mundo, dando la espalda a la intensísima investigación, que desde el campo de la antropología y la teología, se ha realizado a lo largo de este siglo que ha terminado?. Así creo que es, si se da carpetazo a un tema tan fundamental, pensando que Freud dijo la última palabra.

"Toda la historia de la teología filosófica en la edad moderna, tiene en común no partir ya del cosmos para demostrar por modo físico a Dios como causa primera del acontecer natural. En vez de ello, argumentaba desde la existencia y la experiencia para mostrar que Dios está supuesto ineludiblemente en cada acto de la existencia humana". "... La fe cristiana no puede renunciar al esfuerzo por defender sus derechos a la verdad; y en la edad moderna tal defensa tiene que llevarse a cabo en el terreno de la interpretación del ser hombre, y en la controversia en torno al problema de si la religión pertenece indispensablemente al "ser" hombre del hombre o, por el contrario, coopera a alienar al hombre de sí mismo". (Küng 1979).

Si el psicoanálisis desde una antropología psicoanalítica niega a Dios, debe ser desde el propio psicoanálisis desde donde intentemos repensar sus ideas sobre el tema. ¿De qué psicoanálisis, en plural, estamos hablando, si desde uno se repulsa a Dios y desde otro se trasciende hacia Él? Así como el psicoanálisis interroga a la religión, la religión, o mejor dicho, una interpretación religiosa del hombre, hecha desde el propio

psicoanálisis, debe interpelar, también, al propio psicoanálisis; pues en la medida en que se refieren al ser del hombre y nos ofrecen discursos distintos, habrá que analizar los presupuestos psicológicos en los que se fundamentan. El amor a la verdad debe presidir esta tarea y no posiciones predeterminadas inconscientemente.

Los humanismos modernos han planteado un reto muy radical a la religión. Todos ellos: el marxista, existencialista, nihilista, positivista y neopositivista han incidido en una idea fundamental: la religión es un obstáculo para la realización del ser humano como tal. Creemos que, tanto la religión como las posiciones y ciencias implicadas en este debate, han salido beneficiadas. La religión debe estar agradecida, al menos en parte, a este aluvión de críticas y planteamientos diversos, pues le han hecho situarse mucho más en la realidad y en la vida de los hombres de estos últimos tiempos, y así poder ofrecer respuestas acordes y en lenguaje actual. Ahora ya estamos en otro momento. Justamente por esto, el psicoanálisis no puede ignorar la intensísima reflexión e investigación hecha por muchos científicos y hombres de fe cuya aportación al campo de la teología y antropología ha sido y es muy valiosa. Hace tiempo que la comunidad teológica no está atrincherada sino abierta, y de que manera, a cuanto acontece en cualquier ámbito científico. El Concilio Vaticano II, convocado por aquel papa campechano Juan XXIII, fue una respuesta. Basta leer sus documentos, especialmente y en relación al tema que nos ocupa, su "Constitución pastoral sobre la iglesia en el mundo actual" (1965), donde se analizan los cambios, temores, aspiraciones e interrogantes del hombre actual y se propone un ambicioso programa de trabajo con una mirada nueva sobre el ser humano y su mundo. Ha habido después una vuelta atrás. Muchos, con un corazón y unos intereses nada evangélicos, han torpedeado una reforma que se inició con gran entusiasmo y que despertó dentro y fuera de la iglesia muchas esperanzas. Como quizá diría

el maestro y psicoanalista W.R. Bion han tenido miedo al "cambio catastrófico", que implica un amor a la verdad más allá de las resistencias e intereses personales.

Conviene diferenciar claramente la posición de Freud como hombre, de los argumentos que se pueden esgrimir desde el psicoanálisis como ciencia, en contra, en este caso, de la religión. Casi siempre existe una postura visceral, a favor o en contra, de los asuntos sobrecargados afectivamente que precede al análisis y la racionalidad. Debemos estar alerta y tener la capacidad de pensar estas implicaciones afectivas. Es posible que en Freud ocurriese algo de esto y ya partiese de una posición previa.

Freud participa del clima optimista de su época basado en los avances científicos y tecnológicos, la apuesta por la racionalidad, y la esperanza en un futuro en el que se iría imponiendo, frente a posturas mágicas e irreflexivas, una mayor cordura en el conocimiento del ser humano, en el dominio y distribución de los bienes de la naturaleza. Se mueve, igualmente, dentro de la corriente antireligiosa que propugna la autonomía del hombre frente a cualquier poder, incluido el religioso, la lucha contra el obscurantismo, y la defensa de posiciones neopositivistas sobre inclinaciones metafísicas.

Como ya he indicado la batalla emprendida por la modernidad contra la religión ha sido fructífera, pues ha obligado a creyentes y no creyentes a una intensa reflexión: Confiamos en que una postura abierta sin atrincheramientos dogmáticos, cree un clima de diálogo favorable a la verdad.

En este largo proceso en el que ha habido tantas denuncias bien fundadas, detectamos también varias confusiones: la primera ha sido mezclar la esencia del hecho religioso con los moldes y prácticas en que se expresa; la segunda ha consistido en no desligar las proyecciones, imágenes y representaciones de Dios y Dios mismo; la tercera en superponer la psicopatología de la religión sobre sus fundamentos invalidando

planteamientos sanos y razonables; la cuarta considerar que los cimientos de la creencia son irracionales e ilusorios por mover intensas fuerzas afectivas.

La religión nace de la propia realidad del ser humano, de lo que le constituye como tal; es la eminencia intelectual del hombre, favorecida por la selección natural, la que determina su capacidad ética y religiosa, emana de su capacidad de situarse frente a la totalidad, su sentido metafísico que trasciende lo fenoménico e inmediato, su necesidad de sentido buscado por su inteligencia y corazón, la conciencia de su finitud que le permite no caer en el engaño de creerse más de lo que es, aunque al mismo tiempo creamos tanta veces lo contrario, y, sobre todo, de su espíritu insaciable de verdad, belleza y amor que conecta con el Espíritu de Dios como fuente de vida inagotable. ¡Qué diferente es esto a la ilusión, suposición y falsedad! La tentación de romper los lazos con la trascendencia se ha convertido en nuestro tiempo en una realidad; sin embargo, Dios fundamenta la mayor y más radical autonomía del ser humano.

El hombre emerge de la naturaleza, vive un angustioso y esperanzador proceso de separación, necesita situarse, vincularse de modo diferente con la realidad. Erich Fromm (1956) describió este proceso con gran maestría: "La evolución del hombre se basa en el hecho de que ha perdido su patria originaria, la naturaleza, y que no podrá nunca regresar a ella, no podrá nunca volver a ser un animal. No hay más que un camino que pueda seguir: salir por completo de su patria natural creada por él, haciendo del mundo un mundo humano y haciéndose el mismo verdaderamente humano." Un poco más adelante añade: "La necesidad de encontrar soluciones siempre nuevas para las contradicciones de su existencia, de encontrar formas cada vez más elevadas de unidad con la naturaleza, con sus prójimos y consigo mismo, es la fuente de todas las fuerzas psíquicas que mueven al hombre, de todas sus pasiones, afectos y ansiedades".

En este proceso de separación, diferenciación y vinculación, que señala Fromm, podemos elegir el camino de la humanización. Es en este camino donde la religión, correctamente interpretada y vivida, se convierte en un gran apoyo dinamizando todo el potencial inconsciente que hay en nosotros. No es este inconsciente el reprimido por instancias superiores, sino el que está presente-latente en la propia estructura humana y necesita para su emergencia la concurrencia de objetos buenos. Para distinguirlo del pulsional lo llamo inconsciente óntico o simplemente lo óntico.

La religión como "estructura simbólica de sentido" (Tejedor 1986) ha formado y forma parte de la explicación que el hombre se da del mundo y de sí mismo. "Aunque desde Kant las pruebas clásicas de la existencia de Dios como demostraciones han sido abandonadas siguen constituyendo un desafío al pensamiento que no es lícito desatender. Es cierto que, en la medida en que las pruebas de la existencia de Dios pretenden demostrar algo, no dicen nada. Pero en la medida en que tales pruebas sacan a colación el tema de Dios, dicen mucho. Como respuestas terminantes son insuficientes, pero como cuestiones abiertas son insoslayables. No cabe duda: El carácter demostrativo de las pruebas de la existencia de Dios está hoy superado. Pero no lo está su contenido. ¡Y es precisamente el contenido no demostrable de esas pruebas lo más importante!". (Küng 1979)

Como decíamos antes la pregunta realmente decisiva es si la religión forma parte de lo constitutivo del hombre, o si es algo que debemos abandonar por considerarlo una alineación para el verdadero progreso del ser humano. No se trata, pues, de la sola utilidad subjetiva que a título personal tomamos o dejamos, sino de una elección o rechazo que distorsiona gravemente nuestra realidad.

¿Qué dice el psicoanálisis sobre esto?

En el "Porvenir de una ilusión" (1927) Freud plantea el papel de la religión en la cultura; nos dice las dificultades que

experimenta el hombre en su renuncia pulsional y en la aceptación de las conquistas culturales, sobre todo, cuando éstas no benefician por igual a unos y otros. La religión sería, según Freud, una manera de compensar las insatisfacciones propias de esta renuncia y de paliar el desvalimiento, inseguridad, incertidumbre e impotencia del hombre ante las graves frustraciones de los deseos, y, sobre todo, ante el destino, adversidades, injusticias, muerte y tantas otras calamidades. «... Misión de los dioses será ahora compensar las deficiencias y los perjuicios de la cultura, tomar en cuenta las penas que los seres humanos se infligen unos a otros en la convivencia, velar por el cumplimiento de los preceptos culturales que ellos obedecen tan mal. Se atribuirá origen divino a los preceptos culturales mismos, se los elevará sobre la sociedad humana extendiéndolos a la naturaleza y al acontecer universal". "De este modo se creará un tesoro de representaciones, engendrado por la necesidad de volver soportable el desvalimiento humano, y edificado sobre el material de recuerdos referidos al desvalimiento de la infancia de cada mal y de la del género humano. Se discierne con claridad que este patrimonio protege a los hombres en dos direcciones: de los peligros de la naturaleza y del destino, y de los perjuicios que ocasiona la propia sociedad humana". Freud (1927)

Como vemos Freud origina la religión en la situación del hombre frente a la naturaleza, cultura y sociedad. Sería una reacción ante la frustración de los deseos más apremiantes para compensarlos, buscando en Dios aquello que no se puede alcanzar por otros cauces. El deseo reprimido retorna, siendo desplazado y proyectado, formando un conjunto de representaciones al que llamamos religión.

Esta explicación que Freud da del fenómeno religioso es parcial y no tiene en cuenta aspectos importantes del ser humano. La construcción mental continente de las representaciones religiosas, no es sólo, consecuencia de la situación de indefensión, frustración, e impotencia, sino también de manifes-

TEMES D'ESTUDI

taciones esenciales de la naturaleza humana que aparecen espontáneamente. La experiencia de la vida en personas menos cultivadas intelectualmente o con una visión menos académica y científica de la realidad son de una profundidad nada despreciable. Los anhelos de una realidad más satisfactoria que proporcione mayor felicidad, justicia y realidad, y por tanto menos violencia, frustración y decepción, no son infantiles sino estructuralmente humanos. Un principio de realidad más humanizado expresión de los deseos más primarios, puede no estar bien ajustado a la realidad externa y al funcionamiento mental yoico, pero no deja de ser expresión de la estructura profunda del ser. Esta es con frecuencia reprimida para adaptarse al funcionamiento social y sustituida por la competitividad más despiadada, el éxito a cualquier precio y el consumo interminable. El narcisismo se cimenta en estas conquistas convirtiéndose en narcisismo de muerte. La idea de Dios asociada a este núcleo de representaciones, no nace sólo del "desvalimiento humano e infantil", sino de la vivencia ontológica inconsciente de la finitud humana, y de una asociación metafísica innata presente en la estructura profunda del ser. El realismo ontológico y existencial que el hombre maduro tiene de sí mismo y del mundo, le interroga sobre una realidad que, aunque poco a poco puede ser entendida, le desborda y sobrepasa. No debe caer en el espejismo de pensar que crea y da vida a lo que describe y, a veces, explica. La lógica de la causalidad global y del sentido total nos pone ante graves interrogantes. El hombre maduro, pues, siente, vive, la infinita distancia que hay entre su pequeña vida y el ser y devenir de ese "experimento total", que es el macrocosmos, el universo, y el microcosmos, el mismo. Surge, de esta manera, la intuición de Dios, unas veces con un método más racional y reflexivo, y otras con otro más vital y vivencial. La estructura inconsciente del ser es espiritual e inaprensible, sólo consciente en sus efectos y transformaciones.

Podemos hacer más inteligible nuestra argumentación diciendo que: el

hombre se sitúa ante el mundo de manera diferente al animal, pues su realidad óptica es distinta. Cuando experimenta la frustración se produce una decepción. Esta decepción no es sólo por la insatisfacción de su tendencia primaria al placer, sino, sobre todo, porque sus necesidades específicamente humanas no encuentran un vínculo adecuado con la naturaleza y sus semejantes. Este sufrimiento le pone ante una disyuntiva fundamental: o bien se reconoce con una entidad distinta buscando soluciones nuevas, o bien se comporta como un ser de descarga sin pensamiento ni hondura. Cuando elige el primer camino empieza a contemplarse de otro modo. El sufrimiento producido por la realidad, puede ser un poderoso estímulo para su autodescubrimiento y su realización como ser singular. No debe confundir el placer con la felicidad, pues aquel tiene un carácter terminante y finito, mientras que aquella aspira a colmar el deseo con su infinitud e inacabamiento. Si se diese esto, "el hombre se entregaría al placer como a un absoluto" según la fórmula de Paul Ricoeur. Debe, igualmente, discriminar la inteligencia de la razón, pues de lo contrario, se convertirá en simple animal inteligente, manipulador de la realidad, autocéntrico, ansioso del narcisismo del poder y tener. Aislado en su pequeño universo, no descubrirá que su pensamiento y hondura afectiva, debe mirar a su alrededor para integrar su actividad en un quehacer colectivo transformador y comprometido.

En esta dinámica la vida adquiere profundidad, conexión horizontal y vertical, desvelamiento de la radical finitud y problematicidad de la existencia con la aleación del bien y del mal, conciencia de los sangrantes injusticias y desigualdades causa de tanto sufrimiento y muerte. De la interpretación de todos estos datos puede surgir la apertura al Absoluto como fuente, luz y esperanza.

El Misterio de Dios ilumina, entonces, la vida fundamentando la confianza en el último sentido de la realidad, dando cimentación a todo lo finito y limitado,

alumbrando el deseo de lo más abisal del ser humano.

La bondad y claridad experimentada en el vínculo con el Misterio de Dios, si bien alberga sombras y dudas, se muestra coherente y firme, pues la vivencia de la relación anclada en las profundidades de la razón y del corazón, se nutre de una verdad y un amor crecientes.

Me propongo ahora repensar sobre algunos conceptos y evoluciones que puestos en la base de una antropología psicoanalítica pueden hacer compatibles psicoanálisis y religión.

Piensa Freud que en un principio somos un "ello". Sus contenidos, expresión psíquica de las pulsiones, son inconscientes en parte hereditarios e innatos, en parte reprimidos y adquiridos. El ello es para Freud "el reservorio de la energía psíquica." (Laplanche 1971)

La clínica nos muestra, bastante bien, como se enferma cuando la estructura humana inicial no encuentra, sea por limitaciones del niño o del objeto materno, o por ambas, un vínculo adecuado. En la estructura humana están, ya desde el principio, las necesidades humanas básicas. Hay una profantasía de un objeto ideal. Se espera haya una coincidencia entre estas necesidades y el objeto. El narcisismo se edifica a partir de este encuentro. Las vivencias de respeto, valor, bondad y capacidad deben ser sentidos desde el primer contacto. El niño debe percibir no sólo que recibe sino que su presencia es un don y regalo. Así, el equilibrio entre el dar y recibir, se establece desde el primer momento. Cuando no se produce este encuentro bueno e ideal, se reprimen y proyectan las necesidades básicas, creando un mundo paralelo al real, poblado de amor y odio, siendo el amor, que en buena parte se nutre del objeto ideal, lo original, y el odio el síntoma de la frustración del anhelo fundamental. Se entra así en una etapa de fusión y plenitud más o menos lograda o bien de depresión, sería la protodepresión, que si es persistente dejará una honda huella, influirá en el carácter y creará

TEMES D'ESTUDI

múltiples síntomas. Esta protodepresión que observamos encubierta en algunos pacientes, es repeticción de un intenso anhelo de amor, más o menos frustrado, que dificulta la aceptación y adaptación a la realidad por el dolor que produce sus limitaciones.

Cuando la correspondencia entre las expectativas innatas con el objeto se cumplen, a través de una fase fusional totalitaria y respetuosa; se internaliza la integración del self, la confianza, la paz. Junto a esto, la evolución general permite la apertura progresiva al mundo sin temor y sin miedos.

En esta visión nos centramos en la profundidad de la persona humana no como "ello", energía que impulsa y busca el placer de la descarga, sino como entidad que alberga y necesita un tipo de relación humana, un vínculo corporal, afectivo y espiritual, que excede al placer como gozo y plenitud de un encuentro, capaz de hacer emerger lo más íntimo y personal de la madre y el niño. Lo que puede quedar inconsciente, no nacido o reprimido, es esta hondura del ser; lo óntico, y no sólo lo pulsional-impulsado que busca el placer en la descarga. El concepto de lo pulsional e inconsciente se modifica, entonces, para considerarlo mucho más amplio y complejo. No brota la pulsión del cuerpo y es enviada a la mente, sino que emerge de la estructura humana, que es desde el inicio cuerpo, psique y espíritu, buscando un nexo donde estas tres realidades, integradas en la estructura persona, inicien un encuentro, cuyas características están innatas en el niño.

Lo que destacamos aquí no es el devenir de la pulsión convertida en líbido a través de los estadios evolutivos; sino qué ocurre con esa estructura personal desde los albores, que en la relación ha de nacer y crecer, o quedar como una semilla que estando en la tierra no brota por no darse las condiciones idóneas. La estructura es relación, apertura, comunicación, confianza. Pulsiona todo el ser: Lo que puede quedar inconsciente es lo fundamental de este ser. Viktor E. Frankl (1977) lo

expresa de la siguiente manera: "Hasta el presente, la psicología profunda propiamente sólo se había ocupado de seguir las huellas de la impulsividad humana en su profundidad inconsciente, pero muy poco de investigar la espiritualidad del hombre, de seguir los pasos de la persona humana asimismo en su profundidad inconsciente; dicho de otra manera, la psicología profunda era, por lo menos en cierto grado, una psicología del ello inconsciente, y no una psicología del yo inconsciente. De este modo el objeto de su investigación no era otro que la llamada persona profunda (en el sentido de la facticidad psicofísica) descuidando en cambio la persona *propiamente dicha* (centro de existencia espiritual).

En la concepción freudiana del ser humano hay un instintivismo y una pulsionalidad convertida en líbido, que aunque en su evolución intente ser asumida por el yo y su principio de realidad, y se creen estructuras internas como el superyo y el ideal del yo, la idea de volver a las demandas de la pulsión, aunque sea por mediación del yo y de estas estructuras, está muy presente. Las fuerzas puestas a disposición de la cultura son libidinales, es decir, transformación de la pulsión sexual, esfuerzo impuesto por la realidad y asumido por el yo para encontrar la satisfacción. La pulsión, de esta manera, ha sido desplazada de su fin primario, la descarga para obtener el placer, y dirigida hacia fines sociales y culturales. Las fuerzas reprimidas se regirán por el proceso primario y su principio de placer, y entrarán en conflicto con el proceso secundario y su principio de realidad.

La posición de Freud queda clara en *Tótem y Tabú*: El padre de la honra privada poseía todas las hembras privando a los hijos del placer. Esta situación ocasiona en los hijos envidia y odio. Los hijos matan al padre creándose sentimientos de culpa e idealización. El banquete totémico se convierte en "repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas; las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión".

Vemos, de manera clara, que, tanto a nivel filogenético como ontogenético, Freud postula como origen de la sociedad humana, civilización, cultura y religión esa imposibilidad de vivir de acuerdo a los fines pulsionales. El hombre se somete con resignación y desagrado a la realidad que el mismo crea, intentando dirigir, con gran esfuerzo y múltiples rodeos, la pulsión a su fin, aunque sea a través de esta realidad.

Las ciencias antropológicas confirman la continuidad pero también la originalidad del hombre dentro del proceso evolutivo, pues en algún momento éste "adquirió un mayor ritmo de cambio"; a partir de ese instante y de modo continuado, la situación del animal-hombre con respecto a sí mismo y a su entorno fue diferente. El antropólogo francés Edgar Morin defiende que "la hominización ocurre gracias a la interacción de factores múltiples (genéticos, ecológicos, etológicos, culturales)". "La evolución natural de la biología (anatomía, bipedismo, cerebralización) ha impulsado la evolución cultural (lenguaje, comportamiento, ética, capacidades intelectuales)". "El hombre es un ser cultural por naturaleza porque es un ser natural por cultura" nos dice Morin. Por otra parte el llamado materialismo emergentista representado por Mario Bunge distingue "refiriéndose a la teoría general de sistemas dos propiedades de todo sistema: los resultantes (las que llegan al sistema aportadas por los elementos integrantes) y los emergentes (las que adquiere cuando se constituye como tal y que no se encuentran en ninguno de sus subsistemas o piezas básicas)". "Esta visión, no mecánica sino dialéctica, de la realidad material explica desde otras categorías los procesos de evolución biológica y humana. En este sentido Mario Burigue "preconiza la ruptura de continuidad entre lo biológico y lo mental: las propiedades mentales emergen sobre las biológicas y son irreducibles a ellos".

(Sequeiros 1992)

Hay un *Principio de Autotranscendencia* en el devenir de lo genuinamente humano: una fase sirve de cimiento para el nacimiento de otra relativamente

TEMES D'ESTUDI

nueva; hay pasado pero también *Novedad Emergente*. Lo humano está sólo en parte predeterminado por lo biológico; se crea y recrea en el esfuerzo y en la orientación de nuestros actos libres y responsables. Lo que somos está por nacer siempre en un proceso complejo de posibilidades y dificultades, donde lo rigurosamente humano trasciende la realidad personal y social creando un principio de realidad distinta. No se trata sólo de adaptarnos sino de utilizar lo que tenemos para la novedad.

La Novedad Interminable es sacar, brotar la estructura básica a partir de esfuerzo y transformación.

El ser humano puede tener una aceptación inteligente y utilitaria de la realidad, puede sacarle partido; pero otras especies hacen esto tan bien como nosotros. Lo propio del hombre no es sólo adecuar el proceso primario, el placer, al secundario, realidad. Esto es solamente el comienzo del camino. A partir de ahí necesita autotranscenderse constantemente, dejando emerger y cultivando el espíritu. Uno de los problemas de estos últimos tiempos, es que el orden racional científico, ha querido dominar y constituirse en el único nivel. El plano espiritual y metafísico ha sido maltratado creyéndolo sospechosos de no tener fundamento. El psicoanalista, que esté atento a los hechos, sabe que cuando el paciente está curado y es capaz de ser realista, supeditar sus deseos a la realidad y funcionar de modo integrado, puede encontrarse con un nuevo nivel de insatisfacción y vacío. Esta inadecuación profunda de lo real objetivo, puede arreglarse a base de razonamientos más sanos y de una buena creatividad; pero no da respuesta a la profundidad de lo que emerge. Emergen las necesidades del espíritu que trasciende la pura racionalidad.

El sufrimiento de la realidad sin la apertura al espíritu es experimentada por muchos hombres de nuestro tiempo. Es otro tipo de sufrimiento que toca la esencia de lo que somos. Se puede estar sano psíquicamente y sentir la ausencia y el vacío de las vivencias del espíritu. Existe una trascendencia, immanente al ser humano, que no puede

aplastarse e ignorarse sin sufrimiento e infelicidad para éste. El psicoanálisis es necesario y muy bueno para llevar a ese punto en el que los deseos se supeditan al principio de realidad; sin llegar aquí no hay salud mental; pero una vez logrado esto aparecen otras necesidades, otros anhelos, otros síntomas; debemos interpretarlos como la aparición de lo más esencial, primordial y profundo: la necesidad de trascender lo real objetivo y adentrarnos en el nivel del espíritu. El espíritu alcanza la trascendencia y vive una experiencia que por sus resultados se convierte en válida, fértil y buena.

El argumento central del "Provenir de una ilusión" nos es útil para plantear la esencia de lo religioso. Freud lo plantea como el esfuerzo necesario que el hombre ha de realizar, para someterse al principio de placer al de realidad. De esta subordinación surge una insatisfacción, un deseo reprimido. La pulsión, la fuerza, la necesidad que Freud ve detrás de esta lucha, es el deseo sexual que ha de adaptarse al mundo civilizado al ser reprimido, creando un complejo de representaciones que al ser desplazadas y proyectadas engendrarán ese ser depositario al que llamamos Dios.

He aquí el problema nuclear: vivimos en una realidad y hemos de adaptar nuestros deseos y necesidades a ésta. Muchas partes, algunas esenciales, quedan reprimidas en la lucha. El problema de Freud, es que parte del concepto de pulsión como una energía que busca un objeto para su descarga con la finalidad de obtener un placer. A partir de ahí se construye, en la relación objetal, una estructura mental. Es aquí donde, yo creo, que Freud es reduccionista. No somos al principio sólo pulsión, sino una estructura compleja corporal, psíquica y espiritual. Cuando el principio de realidad exige adaptación lo hace con las tres partes. Lo humano está presente desde el inicio sólo que en un estadio primero. Las primeras relaciones objetales son ya sumamente complejas, pues requieren una satisfacción y "continente" de todo lo humano. El bebé y el niño en sus primeras fases, no enferma sólo por una

frustración pulsional, sino por un maltrato de la totalidad de su ser. La clínica muestra claramente esto: existe en el niño la necesidad de un profundo respeto, hay una fantasía primordial que excede lo pulsional, es como un sueño de anhelos de amor, confianza, respeto, valor y dignidad. Es la esencia de lo humano. Ya está presente aquello que nos debe guiar siempre, para construir un principio de realidad que permite abrirse, germinar, crecer nuestro ser de seres humanos. **No somos un "ello" que deviene yo, sino un yo que brota en una relación plena de humanidad.**

Cuando más tarde se produce la separación necesaria, cada vez mayor; y nuestra realidad personal se diferencia claramente de la realidad externa, puede ocurrir que los compromisos mundanos nos absorban tanto que nos impidan ver y faciliten la negación vivencial y práctica del núcleo más sagrado de nuestra interioridad: el ser esencial que ha de devenir en un hombre de espíritu.

Los diversos humanismos responden de diferente manera a esa pregunta de qué somos. Defendemos un humanismo integral: somos cuerpo, psiquismo y espíritu. Sólo la promoción y cultivo de las tres realidades da como resultado un hombre encarnado en el mundo y trascendiendo, al mismo tiempo, el mundo.

Cuando el hombre construye un conjunto de representaciones a los que llamamos religión, éstos no son sólo la expresión del deseo pulsional reprimido y de un estado de indefensión e impotencia; sino manifestaciones de la verdadera estructura personal espiritual e inconsciente en sí misma. Viktor E. Frankl (1977) ilumina este punto: "La persona profunda, y en concreto la persona profunda espiritual, es decir, esa persona profunda que únicamente merece ser llamada así en el verdadero sentido de la palabra, es irrefleja por ser irreflexionable, y en este orden de cosas puede también llamarse inconsciente. Así pues, mientras la persona espiritual puede fundamentalmente ser tanto consciente como inconsciente, debemos decir que la persona espiritual profunda es forzosamente incons-

ciente, y por tanto no, por ejemplo, meramente facultativa; en otras palabras: en su profundidad, "en el fondo", lo espiritual es necesario por ser inconsciente.

De todo ello se desprende no menos que este hecho: Justamente en el centro del ser humano (la persona) es inconsciente en su profundidad (la persona profunda). Dicho en otros términos, el espíritu es, precisamente en su origen, espíritu inconsciente". Como podemos apreciar, nos encontramos con dos tipos distintos de inconsciente: uno el pulsional freudiano y otro el óntico espiritual. El primero se forma por la represión de los impulsivos, el segundo por el desalojo de lo estructuralmente humano, expresado en el anhelo de una realidad radicalmente distinta, justa, amorosa, de seres respetuosos, libres y responsables. Esta realidad existencial sólo puede emerger cuando hay una exigencia de verdad por encima de cualquier otro objetivo. En este sentido decimos que el hombre religioso es aquel que tiende a ser radicalmente humano. La religión, así vivida y entendida, no es un obstáculo a la realización del ser humano; sino la dinámica, la fuerza de un progreso integral: científico-técnico, pero también espiritual.

Las estructuras de las Iglesias y sociedades afines son, con cierta frecuencia, un obstáculo para este progreso del espíritu. Han abandonado la radicalidad y el amor a la verdad necesarios para el devenir del espíritu. Estructuras de poder, normas sin fin, rituales etc, han asfixiado la frescura y la novedad del mensaje y buena nueva originales. Si tomamos como referencia los evangelios, observamos que la lucha de Jesús de Nazareth en la sociedad de su tiempo, radica en cambiar un modelo de Dios que era utilizado para mantenerse en el poder, disfrutar de todo tipo de privilegios y oprimir al pueblo con pesadas cargas.

Si pretendemos seguir dando al psicoanálisis el calificativo de "psicología de las profundidades", no podemos ignorar que lo más insondable del ser humano emerge cuando el yo se adueña de lo pulsional, lo entiende, lo encauza,

sublima y a partir de ahí supera el principio de realidad, construyendo un mundo interno y externo, donde la primacía la tiene el nacimiento de un nuevo hombre reconciliado consigo mismo, con la naturaleza y abierto a la trascendencia. Los frutos de este nuevo hombre y de ese humanismo son el pensamiento profundo y complejo, la solidaridad universal sin fronteras, y la construcción de una nueva realidad capaz de dinamizar el espíritu siempre pronto al amor y la verdad.

Lo que determina el trabajo de psicoanalista no es sólo una teoría de la mente normal y patológica, una metodología y técnica, sino también una antropología, una metafísica y una hermenéutica. Consciente o inconscientemente así es. Los hechos clínicos pueden manifestarse u ocultarse dependiendo bastante de la metodología, recordemos cómo descubrió Freud el inconsciente, pero no olvidemos que su interpretación puede ser distinta según la antropología y metafísica que subyace a lo estrictamente clínico en su conjunto. En consecuencia, una antropología que niega el espíritu no puede hacer las mismas interpretaciones que la que lo defiende. Estamos pues ante dos concepciones diferentes del ser humano: la freudiana, creemos nosotros, niega una parte esencial de nuestra identidad, pues en lugar de poner en la base una estructura, un yo, innato e inconsciente, parte de la pulsión y de las vicisitudes de ésta en la relación objeto. La clínica, con su teoría, y su técnica, no puede ser la misma en uno y otro caso. Y es que como hemos señalado, tras toda clínica, nos encontramos con una antropología y metafísica. Según sea esta, la interpretación del hombre, de su vida y de su sentido, serán diferentes. Nosotros apostamos por aquella que integra, en la estructura persona: cuerpo, psiquismo y espíritu.

Terminaré con el pensamiento de Françoise Dolto: El deseo que "parte en busca de lo que falta", tiene su raíz en ese yo inconsciente génesis de nuestra humanidad. Lo que nos falta, a lo que nos conduce la dinámica del deseo es al anhelo de plenitud. Más allá de la realidad, hay una realidad que

construir y esperar. Necesitamos la gracia del Espíritu para la emergencia y madurez de lo genuinamente humano. Vivir en esta gracia en un don que se nos da y ofrece. Sólo es necesaria una apertura total, un insaciable amor a la verdad para beber de la Fuente de la VIDA.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Concilio Vaticano II (1965) *Constituciones, decretos, declaraciones*. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Dolto, F. (1979). *El Evangelio ante el Psicoanálisis*. Madrid. Ediciones Cristiandad.
- Frankl, V. E. (1977). *La Presencia Ignorada de Dios*. Barcelona. Editorial Herder.
- Frankl, V. E. (1977). *Obras completas*.
- Freud S. (1988). *El Porvenir de una Ilusión*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud S. (1912). *Tótem y Tabú*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.
- Freud S. (1912). *Tótem y Tabú*.
- Fromm E. (1956) *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*. Fondo de Cultura Económica. México, pág 28.
- Küng H. (1979). *¿Existe Dios?* Ediciones Cristiandad. Madrid. pág 728.
- Laplanche T. y Pontalis, J.B. (1971). *Diccionario del Psicoanálisis*. Editorial Labor. Barcelona. pág 112.
- Mancia, M. (1989). *El Sueño como Religión de la Mente*. Tecnipublicaciones. Madrid.
- Pérez García P. (Junio 1988). *De la Creencia al Pensamiento. Causas y Funciones del Grupo Humano*. Revista de Psicoterapia y Psicopatología. Madrid nº 16. pág 73.
- Sequeiros Leandro (1992). *Raíces de la Humanidad. ¿Evolución o Creación?* Editorial Sal Terrae. pág 40.47.
- Tejedor, C. C. (1986). *Introducción a la Filosofía*. Madrid.
- Wolfhart Pannenberg (1993). *Antropología en Perspectiva Teológica*. Ediciones Sígueme. Salamanca. pág. 19-20.